

Konstantin Kisin  
con Peter Lloyd

**CARTA DE AMOR  
DE UN INMIGRANTE  
A OCCIDENTE**

Traducción de Alejandra Freund

Alianza Editorial

Título original: *An Immigrant's Love Letter to the West*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Konstantin Kisin, 2022  
© de la traducción: Alejandra Freund, 2025  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025  
Calle Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-962-1  
Depósito legal: M. 180-2025  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES  
DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

Para Alina, sin quien todo sería imposible  
y nada tendría sentido.

«La fuerza o debilidad de una sociedad depende más de su vida espiritual que de su nivel de industrialización. Ni la economía de mercado, ni siquiera la abundancia general, constituye el mayor logro de la vida humana. Si se agota la energía espiritual de una nación, ni la estructura de gobierno más perfecta, ni ningún desarrollo industrial la salvarán del colapso. Un árbol con un núcleo podrido no se sostiene.»

Aleksandr Solzhenitsyn

## ÍNDICE

PREFACIO .....	11
1. CRÉAME, OCCIDENTE ES LO MEJOR.....	17
2. UN BAÑO DE REALIDAD PARA LOS OCCIDENTALES .....	38
3. DEJE DE SENTIRSE CULPABLE POR LA RAZA, LA BLANCURA Y LA ESCLAVITUD .....	59
4. LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN —Y POR QUÉ ES IMPORTANTE—	74
5. CÓMO SE UTILIZA EL LENGUAJE PARA OCULTAR LA VERDAD	90
6. POR QUÉ NECESITAMOS PERIODISTAS, NO ACTIVISTAS .....	100
7. LA PALABRA CON C (CAPITALISMO) .....	116
8. LA OTRA PALABRA CON C (COMEDIA) .....	131
9. LA OPINIÓN DE UN INMIGRANTE SOBRE INMIGRACIÓN ....	148
10. ¿DEBERÍA VOLVERME? .....	169
11. DIEZ MANERAS DE DESTRUIR OCCIDENTE .....	184



## PREFACIO

Cuando comencé a escribir este libro a principios de 2021, lo inicié con un prefacio que, pensaba yo, resumía ajustadamente el desafío al que se enfrenta el mundo occidental. Se lo mostré a algunos amigos, que me dijeron que era «precioso» y «estaba bien escrito», pero insistieron en que no lo incluyera porque resultaba «melodramático».

Seguí su consejo.

No obstante, poco antes de que este libro fuera a imprenta, en febrero de 2022, el ejército ruso invadió Ucrania. Espero de todo corazón que para cuando usted lea estas líneas, el conflicto se haya resuelto. No cabe duda de que existen innumerables artículos sobre cómo y por qué sucedió, que intentan ayudar a las poblaciones occidentales a afrontar el impacto y la sorpresa de la invasión.

Hay explicaciones políticas, económicas, históricas, militares e incluso religiosas para dar sentido al estallido de una guerra en

Europa en el siglo XXI. Muchas tienen sentido, algunas incluso son ciertas. Pero existe un tema más amplio, que pocos comentaristas comprenden o están dispuestos a reconocer. Es de lo que trata este libro y el prefacio original, que incluyo a continuación.

El mausoleo Gur-e Amir se encuentra en el corazón de la ancestral ciudad de Samarcanda, en lo que hoy es Uzbekistán. La magnífica estructura, conocida coloquialmente como la Tumba del Emir, fue construida para preservar los restos mortales de Tamerlán, un conquistador temible que se inspiró en Gengis Kan. En su tumba están inscritas las palabras: «Cuando me levante de entre los muertos, el mundo temblará».

El 21 de junio de 1941, un grupo de antropólogos soviéticos liderado por Mijaíl Guerásimov abrió la tumba, siguiendo órdenes de Iósif Stalin, y comenzó a exhumar el cuerpo de Tamerlán. Con el aroma a olíbano, rosa, alcanfor y resina en el aire, Guerásimov y su equipo descubrieron una inscripción adicional dentro del féretro: «Quien abra mi tumba liberará un invasor más terrible que yo». A la mañana siguiente, la Alemania nazi de Adolf Hitler invadió la Unión Soviética.

La historia de la humanidad es una serie de tumbas no abiertas, que no solamente contienen historias de nuestro pasado, sino también elocuentes avisos sobre nuestro futuro.

Mientras escribo esto, en enero de 2021, Occidente está sufriendo una pandemia global. El COVID-19, un virus del cuerpo, ha supuesto un desastre para millones de personas en todo el mundo y ha forzado a nuestros gobiernos a tomar medidas sin precedentes, cuyas consecuencias saldrán a la luz en los próximos años. El virus y nuestra respuesta radical han destruido la economía global, nos han privado de libertades civiles y han causado innumerables daños a todos los ámbitos de nuestras vidas.

Pero otra epidemia devastadora se está extendiendo como la pólvora por el mundo occidental, sobre todo en la angloesfera,

y no hay indicios de que vaya a amainar. Al contrario que el COVID-19, este es un virus de la mente.

Si es usted lo suficientemente afortunado como para evitar Twitter, no trabaja en una industria progresista y no es un graduado reciente, puede que su conocimiento de este virus sea periférico. Quizá aún no esté familiarizado con términos como «teoría crítica de la raza», «justicia social» y «wokismo». Le envidio.

No obstante, si está leyendo este libro, seguramente se habrá dado cuenta de que el mundo a nuestro alrededor está cambiado a una velocidad sin precedentes.

Puede que haya percibido un cambio dramático en el tono de nuestro discurso público. En Estados Unidos, casi dos tercios de la población reconoce que teme expresar sus opiniones políticas, entre ellos una mayoría de demócratas (52 por 100), independientes (59 por 100) y republicanos (77 por 100). En Gran Bretaña, casi la mitad nos sentimos menos libres para decir lo que pensamos, mientras que solo el 20 por 100 se considera más libre ahora que hace unos años.

Quizá haya observado confuso mientras hombres y mujeres se posicionaban no como compañeros, sino como contrincantes en una especie de «batalla de los sexos». Es posible que se haya dado cuenta de que nuestras conversaciones sobre etnicidad se han convertido en una manera de separarnos, en vez de unirnos.

Puede que hay observado confuso mientras hordas enfadadas desfiguraban o tiraban abajo estatuas de personajes históricos. Quizá su empleador haya contratado a alguien para explicarle que ser blanco implica cargar con una especie de pecado original, o que ser negro o marrón lo convierte en una víctima perpetua.

Es posible que incluso haya estado en el lado correcto de estos temas durante años. Quizá pensaba que solamente los into-

lerantes tenían miedo de expresar sus creencias problemáticas, que los hombres eran tóxicos y que las personas blancas debían expiar los terribles crímenes de sus ancestros y sus privilegios sociales heredados. A lo mejor se haya pasado la vida apoyando causas progresistas, donando dinero a organizaciones benéficas para grupos desaventajados y estando en el «lado correcto de la historia». Pero, no obstante, creer en la realidad biológica básica puede acabar siendo su perdición, como descubrió J. K. Rowling.

Incluso aunque haya sido lo suficientemente afortunado de evitar el contacto directo con estos temas, puede haber notado una *sensación* extraña. No es capaz de explicar lo que es y, de momento, es relativamente fácil de ignorar. Mientras anda ocupado con la vida diaria, se tranquiliza con la idea de que las cosas solo pueden ir a mejor.

A pesar de todo, en los escasos momentos de reflexión, no puede evitar tener un mal presagio. Es difícil expresar de dónde viene, pero alguien en alguna parte ha abierto otra tumba maldita.

Las fases iniciales de la Operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética por parte de Hitler, que comenzó el 22 de junio de 1941, fueron un éxito enorme. Las formaciones blindadas alemanas que habían llevado a cabo la Blitzkrieg en Francia, Bélgica y los Países Bajos en 1940 se abrían ahora paso a toda velocidad hacia Moscú, arrollando a la desorganizada defensa soviética en su camino.

Mi bisabuelo, que acababa de regresar a casa de la Guerra de Invierno contra Finlandia, fue lanzado a la picadora de carne del frente oriental, junto con otros millones, para detener el avance alemán. Al igual que él, la mayoría nunca regresaron.

Si alguna vez ha viajado desde el aeropuerto de Sheremétievo, en Moscú, hacia la ciudad, puede que haya visto tres extrañas estructuras metálicas al lado de la carretera. Estos obstácu-

los antitanques muestran lo cerca que estuvo el enemigo de la ciudad.

Por todo el frente, la Unión Soviética luchó por su supervivencia. En ningún lugar fue esta lucha más intensa que en Stalingrado. Las encarnizadas batallas en esa ciudad duraron meses, mientras Stalin, reconociendo que la retirada ya no era una opción, sacrificaba cada vez más hombres y material.

El 20 de diciembre de 1942, cuando la batalla de Stalingrado todavía pendía de un hilo, el cuerpo de Tamerlán fue devuelto a su tumba con un rito musulmán completo. A los pocos días, la Unión Soviética organizó un contrataque exitoso en Stalingrado y comenzó una ofensiva que no se detendría hasta alcanzar Berlín, rescatando al mundo del dominio nazi.

Hoy, la suerte del mundo occidental vuelve a pender de un hilo. Un grupo de fanáticos ideológicos han forzado la tumba de la discordia y la división. La retirada ya no es una opción. O enterramos el hacha y nos reconciamos, o el mundo temblará de nuevo.



## CRÉAME, OCCIDENTE ES LO MEJOR

Las personas negras en los Estados Unidos actuales suelen referirse a «la conversación» —en la que instruyen a sus hijos acerca de cómo comportarse si son parados por la policía—. Recuerdo a mis padres dándome una lección equivalente cuando yo tenía siete años y vivíamos en la Unión Soviética.

Solo que —en lugar de aprender a aplacar a policías de gatillo fácil— nos explicaban cómo hacer para que el Estado no se enterara de nuestras conversaciones privadas.

Aunque no era más que un niño, a menudo me insistían que cualquier cosa que habláramos en casa nunca jamás debía ser repetida fuera, en el patio del colegio, el parque o en casa de algún amigo, donde nos pudiera oír un adulto. Si lo hacíamos, y este informaba a las autoridades, podría tener consecuencias catastróficas.

Puede que esto suene algo excesivo, incluso paranoico —como si mis padres fueran unos excéntricos conspiranoicos seguidores de David Icke o Alex Jones—, pero la gran ironía es que eran las opiniones razonables, de sentido común, las que acababan siendo castigadas, y las precauciones que tomaba mi familia eran apropiadas dadas las circunstancias. Después de todo, las potenciales repercusiones no eran ninguna broma allá en los ochenta.

Aunque el poder de la Unión Soviética estuviera en decadencia cuando yo era niño, la ley del país —el Código Penal de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia— seguía estando vigente y se hacía valer de manera rutinaria, sobre todo el artículo 70, que penaba la supuesta agitación antisoviética. Bajo esta ley en concreto, las personas podían ser arrestadas, condenadas y castigadas por «propaganda o agitación con el propósito de menoscabar o debilitar el poder soviético». Incluía: «invenciones calumniosas contra el sistema político y social soviético; producir, difundir y, para los mismos propósitos, de literatura con contenido antisoviético».

Entonces no sabíamos que la Unión Soviética estaba al borde del colapso. Lo que teníamos claro, por nuestra historia familiar (que compartiré con usted en este libro), era que incluso en los últimos tiempos a cualquiera que hablara mal del régimen, por el motivo que fuera, se le consideraba un criminal. Si era condenado, sufría un duro castigo, que iba de seis meses a siete años en una prisión inmundada, junto a criminales violentos y sociópatas como asesinos, violadores y pedófilos, o una detención larga en un *gulag* (campo de trabajo), donde se vería obligado a realizar todo tipo de tareas desalentadoras y agotadoras que podían llevarle a la muerte. Los afortunados podían elegir ser apartados de la sociedad e ingresados en un hospital psiquiátrico —también llamados *psijushka*— o exiliados, obligados a vivir en una zona remota, desolada e inclemente del

país, como Siberia, hasta cinco años. Pero, en cualquier caso, ninguna opción era agradable.

Lo alarmante es que no hacía falta mucho para ser considerado un infractor. O, más en concreto, un «disidente», el término oficial para cualquiera que no se tragara la doctrina soviética. Aunque algunos ciudadanos eran condenados por participar en protestas violentas o por agitación, la mayoría acababan detenidos simplemente por tener una opinión impopular. Mi abuela, que por aquel entonces tendría unos cincuenta años, recordaba que en su niñez la gente iba a la cárcel por envolver las patatas fritas en papel de periódico con la cara de Stalin. Así de absurdo era.

Mientras el sentimiento antisoviético era una ofensa criminal y se desincentivaba a toda costa, las autoridades difundían regularmente agitación prosoviética, que tomaba muchas formas: desde carteles por las calles, arte y libros hasta cine, teatro y, quizá lo más siniestro, colegios y organizaciones juveniles. Esto incluía mi educación escolar temprana, durante la cual profesores radicalizados llenaban de teoría política el temario (y, como resultado, nuestras mentes).

### **La historia de Pavlik Morozov**

La historia propagandística que recuerdo más vívidamente de aquellos tiempos es el relato real de Pavlik Morozov, un joven soviético que más tarde fue encumbrado como mártir por los líderes estatales. Según cuenta la leyenda, era el hijo de unos campesinos pobres que, ya de niño, se convirtió en un seguidor supercomprometido con la causa comunista. A los doce años, en 1930, estaba tan radicalizado que denunció a su padre a la policía por supuesta «actividad antisoviética».

En un juicio muy publicitado, Morozov testificó que su padre había falsificado documentos para otros disidentes y vendido favores especiales a campesinos prósperos, llamados *kulaks*, que se

resistían a las medidas de colectivización gubernamentales —un plan para arrebatarles las tierras a la fuerza y redistribuirlas entre la comunidad—. Por si no fuera suficiente, Morozov también acusó a varios *kulaks* de acumular su cosecha y ocultarla de las autoridades, que querían controlar tanto los medios de producción como los frutos del trabajo de la gente.

El padre de Pavlik fue declarado culpable y enviado al *gulag*, donde murió en el paredón, ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

Los líderes comunistas ensalzaban a Pavlik como un héroe a quien había que venerar; como si fuera un símbolo de lealtad a un bien superior. En varias ciudades soviéticas se erigieron en su honor estatuas, placas y monumentos, y los niños de toda la nación aprendían su retorcido legado como parte del temario.

¿Por qué lo recuerdo tan vívidamente? No es por la historia en sí, que es terrorífica se mire como se mire, ni por el hecho de que es auténtica, lo que la hace todavía más desconcertante, sino por la repulsión que inundaba el semblante de mi padre cada vez que se enteraba de que nos la habían contado. Aún puedo ver la triste mirada en sus ojos cuando me explicó el significado real de la historia. Siempre le indignaba que las autoridades nos animaran a venerar a un adolescente desleal que vendió a su familia en pro de una filosofía política fallida.

Dos años más tarde, los familiares de Pavlik lo asesinaron como venganza. Pero lo inquietante es que todavía atisbo destellos suyos en la sociedad occidental contemporánea, sobre todo hoy en día, cuando con tanta frecuencia nos animan a priorizar la política sobre la persona, a delatarnos mutuamente a través de líneas telefónicas anónimas y a demostrar nuestra devoción a agendas idealistas.

Cada vez que oigo hablar del deseo de «erradicar la desigualdad», «tumbar el sistema» o implantar una nueva era de «igua-

litarismo radical», me dan escalofríos literales y un estremecimiento me recorre todo el cuerpo. No porque esté opuesto a la igualdad de oportunidades, que es crucial en una sociedad civilizada, sino por el hecho de que el tipo de personas que realizan esas proclamaciones suelen estar tan radicalizadas como Pavlik Morozov. Aunque a veces tengan buenas intenciones, son la clase de individuos a quienes Vladímir Lenin —el hombre que introdujo el comunismo en Rusia— describía como «tontos útiles». En general, son occidentales educados en la universidad que abrazan esta ideología corrupta sin tener ninguna concepción de sus implicaciones en el mundo real, por ejemplo...

#### **Bernie Sanders —«un tonto útil»—**

El multimillonario político estadounidense Bernie Sanders promueve el socialismo entre las masas como si fuera una panacea mágica, pese a que ingresa casi 200.000 dólares anuales como senador, y posee al menos tres valiosas propiedades, como un chalet de un millón de dólares en Washington D. C., una casa de cuatro dormitorios en Chittenden County, Vermont, y una casa de 170 m<sup>2</sup> a la orilla del lago Champlain.

Allá en 1988, poco después de contraer matrimonio con Mary Jane O'Meara, la pareja pasó las vacaciones en la Unión Soviética, pese a que todavía estaba en plena Guerra Fría con Estados Unidos y a todo el mundo le aterrizzaba la idea de un holocausto nuclear. Tras las líneas enemigas, la estridente parejita estadounidense se lo tragó todo. Sus «guías turísticos» (agentes del KGB) los trataron como realeza y les mostraron una imagen falsa del país, con comités de bienvenida, coches con chófer y abundante comida y bebida. Pero, entre bastidores, las masas de personas corrientes —todas ellas víctimas de los fracasos del socialismo— peleaban por los restos en largas colas frente a las tiendas. Era una metáfora apropiada para los males de la sociedad soviética.

Desde entonces, Sanders ha bromeado que aquel viaje fue «una extraña luna de miel», todo un eufemismo. Imagínese casarse con un hombre cuya idea de romance es llevarla al equivalente en los años ochenta de Corea del Norte.

El peligro de este tipo de estupidez era muy real hace cien años, cuando Lenin era el jefe del gobierno ruso, y también en los ochenta, cuando Sanders estaba de juerga con el enemigo de Occidente. Pero la misma amenaza sigue existiendo hoy. La realidad de la vida bajo la URSS no es algo que la mayoría de las personas puedan imaginarse hoy, pues ocurrió antes de que nacieran casi todos los *milenials* y, por tanto, precedió a la aparición de las redes sociales. Es decir, para la mayor parte de mis coetáneos, es como si nunca hubiera ocurrido. Y, a medida que esta trágica historia desaparece de nuestra memoria colectiva, las ideas que la causaron inevitablemente recuperan su atractivo.

Aquí es donde entro yo. Mi objetivo es darles un baño de realidad sobre lo que realmente ocurría en el «paraíso» socialista y sonar la alarma para todos aquellos que romantizan el final del capitalismo y que creen que Occidente está sobrevalorado o es inherentemente inmoral y merece un castigo. Por fortuna, dado que parece que mi «experiencia vivida» como inmigrante vale su peso en oro, estoy excepcionalmente cualificado para hacerlo, así que escuchen bien.

Sobre el papel, podría decir que pasé mis años formativos en una de las sociedades más progresistas de la historia de la humanidad. Olvídense de Suecia, Noruega o Dinamarca —habitualmente elogiadas como utópicas por la causa progresista—, la URSS fue pionera en las ideas vanguardistas y se vanagloriaba de la equidad por encima de todo.

En concreto, era un país con una brecha minúscula entre ricos y pobres, comparada con el abismo actual que separa a

muchos occidentales, donde —en Gran Bretaña, por ejemplo— el 10 por 100 superior ingresa veinticuatro veces más que el 10 por 100 inferior. O en Nueva Zelanda, donde el 10 por 100 más rico es propietario del 60 por 100 de los activos. En mi tierra nunca se habría permitido una injusticia así. Los ricos y poderosos ganaban apenas cuatro veces más que quienes se hallaban en el escalón más bajo, lo que mantenía a raya a todos. Significaba que no había grandes disparidades en la riqueza, y todo el mundo tenía un nivel de vida similar.

En parte esto era gracias al sistema educativo, también artificialmente nivelado para evitar que las desigualdades se manifestaran más tarde en la vida. De donde vengo, la tasa de analfabetismo era tan solo del 0,3 por 100, frente al 14 por 100 en Estados Unidos, donde millones de niños y adultos siguen teniendo problemas para leer y escribir. ¿Por qué dio tan buenos resultados el enfoque ruso? Porque todo el mundo recibía el mismo nivel de enseñanza, por eso.

Olvídese también de las deudas estudiantiles. Mientras que el estudiante medio en el Reino Unido ha contraído una deuda de 35.000 libras para cuando se gradúa, en el sistema soviético *recibían* un dinero por asistir a clase, una fantasía para la mayoría de los académicos emergentes. Por si fuera poco, siempre había discriminación positiva, es decir, los miembros de la clase obrera solían recibir trato preferencial para acceder a las mejores universidades. Muchos también obtenían alojamiento gratis, incentivando todavía más a los pobres para que expandieran sus conocimientos.

¿Impresionado? Debería estarlo. Pero no termina ahí. Mi querida patria también proporcionaba asistencia sanitaria universal —disponible para todos y completamente gratuita en los centros de salud, parecido a nuestro sagrado Servicio Nacional de Salud (NHS, por sus siglas en inglés)—. Este tipo de sistema sanitario igualitario es algo que Estados Unidos, pese a

su estatus de arrogante superpotencia, todavía no ha implantado con éxito. Olvídense de que Donald Trump no pudiera hacerlo; tampoco los todopoderosos Clinton y Barack Obama supieron. Hasta hoy, los políticos estadounidenses siguen sin conseguir elaborar un plan que proporcione asistencia sanitaria para todos —pero esta era una característica fundamental de la igualdad soviética—.

Es más —también al contrario que en Estados Unidos— mi país era un lugar del mundo en el que no existía ninguna agitación racial e incontables grupos étnicos diferenciados coexistían bajo el mantra de «Amistad entre los Pueblos». Todo un ejemplo resplandeciente de Estado multicultural, había más de cien nacionalidades diferentes viviendo como hermanos dentro de sus fronteras: armenios, azerbaiyanos, ucranianos, rusos, tártaros, moldavos, bielorrusos, uzbekos, chechenos, georgianos, kazajos, tayikos, turkmenos, lituanos, estonios y letones, y muchos más.

No había necesidad de un movimiento como Black Lives Matter, ni de exigir que las minorías étnicas fueran elevadas sobre sus compañeros blancos. La noción de «privilegio blanco» ni siquiera existía por entonces. No porque aún no hubiera sido identificada, sino porque no había tal fenómeno que identificar. Todos éramos iguales en cualquier sentido posible. Así de estupendo era todo.

También las feministas deberían alegrarse, porque la igualdad de las mujeres era fundamental en la política gubernamental socialista. Ya en 1917, cuando el Reino Unido todavía no había dado el voto a la mayoría de las mujeres (e incluso muchos hombres seguían sin tenerlo), el divorcio se simplificó en la URSS y se legalizó el aborto con el objetivo explícito de «liberar a las mujeres de la opresión de los hijos y la familia». Este plan aplasta-patriarcado y quema-sostenes incluía, además, una generosa baja de maternidad y guarderías financiadas por

el Estado, de las que se benefició mi familia. Cada día me depositaban allí para que me cuidaran, sin ningún coste añadido para mis padres, dándoles la libertad para estudiar y trabajar.

En conjunto, toda esta realidad hiperprogresista formaba parte de este objetivo: que «todas las formas de desigualdad desaparezcan a través de la abolición de las estructuras de clase y la creación de una sociedad igualitaria basada en la distribución justa de los recursos entre las personas» (Camille Paglia, diciembre de 2016).

Además de todo esto, la Unión Soviética también era una superpotencia global. Cubría casi una sexta parte de la masa terrestre (unos increíbles 22,4 millones de kilómetros cuadrados, para ser exactos) y su presencia amenazadora combinada con una enorme reserva de armas nucleares, la dotaba de poder e influencia sobre otras partes del mundo. Influyó, particularmente, sobre Europa gracias al Pacto de Varsovia, un tratado de defensa colectivo que incluía al bloque oriental de repúblicas socialistas: Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia y Rumanía.

Vamos, que la Unión Soviética estaba viviendo su mejor vida.

Pero si todo esto suena demasiado bueno para ser verdad, lamento decir que lo era.

*Spoiler:* la Unión Soviética colapsó espectacularmente en 1991. Y sí, antes de que empiece, era socialismo de verdad. De hecho, es posible que fuera el intento más osado en todo el mundo de aplicar las ideas de Karl Marx y Friedrich Engels, los primeros en inventarse el concepto de propiedad social e igualdad forzada.

### **Karl Marx y Friedrich Engels**

Las ideas revolucionarias de Marx no surgieron de una experiencia personal auténtica, como una brutal infancia sumida en la